

Comentarios a la Regla de Vida

Hermano Benjamín

*La autoridad se ejerce haciendo
que los hermanos estén atentos al Espíritu*

Capítulo XII. El servicio de la autoridad fraterna . 210. Autoridad fraterna

No cabe duda de que el cocinero Karlos Arguiñano es un gran comunicador. Sabe condimentar sus platos en la televisión de cada día con la salsas más sabrosas de la bonhomía y la gracia. De ahí que presuma de que su cocina es siempre “rica, rica”.

Traigo a escena a Karlos Arguiñano por una anécdota que le oí hace algún tiempo. Contaba cómo conoció a su mujer. Resulta que en su juventud había una discoteca en la costa guipuzcoana a la que acudían jóvenes de Orio, Zarauz, Guetaria y otras poblaciones vecinas. Allí iban los chicos y las chicas de la comarca para conocerse y ligar, o socializar como se dice ahora. Arguiñano ya se había fijado en una chica que le gustaba, a la que había visto previamente en la pescadería de su pueblo; ella era la pescatera.

Así que cuando vio entrar en la discoteca a su hermosa contrincante, la invitó a bailar sin muchas esperanzas de que ella se apiadara de su incipiente amor. Ella accedió un poco a regañadientes, sin demasiado entusiasmo, vaya. Cuando terminó el baile, la chica se alejó sin remedio, dejando compuesto y sin novia, a dos velas, bóbilis nobilis y si te he visto no me acuerdo al nuevo pretendiente. Pero sabemos que Arguiñano nunca se arredra ante las dificultades, y como Zamora no se tomó en una hora, al cabo de un rato la invitó a bailar otra vez, y ella volvió a aceptar para volver a marcharse de nuevo al terminar la pieza. Y así hasta en tres ocasiones.

La verdad es que ella estaba esperando a otro chico, que era el que verdaderamente le gustaba a la bella pescatera. Pero el afortunado y despistado mancebo aquel día no apareció. Y Karlos terminó conquistando a la arisca Luisi, que desde entonces le acompaña con amor y fidelidad en todos los días de su vida. Se casaron, comieron perdices y formaron una gran familia de gente guapa, y hasta rica.

El cocinero vasco concluye la anécdota diciendo que muchas veces las grandes cosas de la vida pasan mientras nosotros estamos pensando en otra cosa. Como aquel novio despistado, perdemos grandes oportunidades que nos colocarían en escenarios distintos, generalmente mucho más ventajosos, si decidiéramos concentrar nuestra atención en lo que verdaderamente importa. El cuento termina con una moraleja: “hay que estar atentos, no te despistes, mira lo que haces, chaval” dice el cocinero con ese tono socarrón que siempre le acompaña.

Esta anécdota me ha venido a la mente a leer este artículo de la Regla de vida en el que se recomienda a los superiores que deben ejercer la autoridad de tal forma que los hermanos estén siempre atentos al Espíritu. Porque ahora nos podemos preguntar qué estamos haciendo, en qué estamos pensando, baja de Babia mamón, cuando el espíritu se está manifestando hoy mismo y de forma tan clara en las personas, en las comunidades, y en las obras educativas. ¡Al loro!